

CAPITULO III

LA REACCIÓN CATÓLICA (I)

I. Los progresos del partido católico.—II. Triunfo del duque de Anjou.—III. La marcha de Coligny.

I.—Los progresos del partido católico

Dijesen lo que dijeren los protestantes para justificarse, es lo cierto que la empresa de Meaux fué una falta gravísima. Hombres moderados como Castelnau-Mauvissiere hacían observar «que aunque la justa defensa contra la fuerza y violencia fuese lícita y de derecho divino y humano y que se hubiese podido disculpar á los hugonotes porque se asegurasen de algunas ciudades para sus defensas contra los católicos, no hay ley suficiente para declarar la guerra á su rey y querer apoderarse de su persona con un ejército ofensivo que es cosa distinta de crear uno puramente defensivo y en caso de extremada necesidad y solamente para conservar á los que tienen buena y sincera intención.» La opinión se declaraba contraria á los agresores.

Aquel levantamiento en armas fué la ruina del partido de los políticos: Montmorency, el jefe de los consejeros prudentes, había muerto y Miguel de l'Hopital había perdido toda su consideración, pues tantas veces había salido fiador de la lealtad de los hugonotes, que los violentos llegaban casi á acusarle de complicidad, lo que le obligó á retirarse á sus tierras de Vigny, habiéndole sido quitados los sellos en 24 de mayo de 1568.

La Iglesia había recobrado sus bríos y tomaba la

(1) FUENTES: *Lettres de Catherine de Medicis*, III. *Mémoires et poésies de Jeanne d'Albret*, ed. de Ruble, 1893. Teulet, *Correspondance diplomatique de Bertrand de Salignac de la Mote-Fénelon*, ambassadeur de France en Angleterre, de 1568 à 1575, 1840, I-III. Pouillet, *Correspondance du cardinal de Granvelle* (1565-1586), faisant suite aux *Papiers d'Etat du cardinal Granvelle*, III, 1881, «Collection de chroniques belges inédites.» Groen van Prinsterer, *Correspondance inédite de la maison d'Orange-Nassau*, 1836, III. *Relation de la bataille de Jarnac et Relation des choses notées en ce voyage que j'ai fait en France au camp du duc d'Anjou*, «Monuments historiques inédits», publicada por Champollion-Figeac, IV, «Coll. Doc. inédits.» La Noue, *Discours politiques et militaires*, 1587. *Mémoires de Gaspard de Saulx, seigneur de Tavannes*, «M. et P.» 1.^a serie, VIII; de Castelnau-Mauvissiere, «le Laboureur», I y II; de Montluc, «S. H. F.» III y IV; de Claude Haton, «S. H. F.» II; de Mergey, «M. et P.» IX. Juan de Serres, *Mémoires de la troisième guerre civile*, 1568-1569, 1571. Bordenave, *Histoire du Béarn et de la Navarre*, desde 1517 á 1572, publicada por Pablo Raymond, «S. H. F.» 1873. (La Popelinière), *La Vraye et Entiere histoire des troubles et choses mémorables, avenues tant en France qu'en Flandres*, 1562-1570, La Rochela, 1573. Amos Barbot, *Histoire de la Rochelle*, 1199-1575, publicada por Dionisio d'Aussy, «Archives historiques de la Saintonge et de l'Aunis», XVII, 1889. De Thou, *Histoire universelle*, 1734, V. D'Aubigné, *Histoire universelle*, «S. H. F.» III. Davila, *Historia delle guerre civili*, París, 1644, I.

OBRAS DE CONSULTA: D'Aumale, *Princes de Condé*, II. De Laborde, *Coligny*, III. Forneron, *Les ducs de Guise*, II. Bouillé, *Histoires des ducs de Guise*, II. Pingaud, *Les Saulx-Tavannes*, 1876. Segesser, *Ludwig Pfyffer und sein Zeit*, tomo I. *Di Schweizer in den drei ersten französischen Religions Kriegen*, 1562-1570, 1880. A. Waddington, *La France et les protestants allemands sous Charles IX et Henri III*, «Revue historique», 1890, XLII. Leon Marlet, *Le comte de Montgomery*, 1895. Abord, *Histoire de la Réforme et de la Ligue dans la ville d'Autun*, I, 1851. Menard, *Histoire civile, ecclesiastique et littéraire de la ville de Nîmes*, ed. de 1875, V.

ofensiva valiéndose de las antiguas órdenes mendicantes, que tanta influencia ejercían sobre el pueblo, y de los jesuitas, tan hábiles en manejar á los poderosos. Frailes y sacerdotes iban por las ciudades, aldeas y casas particulares combatiendo la doctrina de los protestantes; y esta propaganda posible y forzosamente eficaz en un país en donde tan numerosos eran los conventos y en donde ciertas ciudades contaban un cura en cada calle, fué la única que se hizo durante mucho tiempo. El catolicismo había perdido la costumbre de enseñar, y la predicación había sido abandonada ó convertida en mascarada y en reclamo por los seglares, deseosos, en la época de las cuestiones, de llenar sus alforjas. Los obispos, reclutados entre los grandes señores y entre los miembros del Parlamento, servían al Rey en sus consejos y en sus embajadas pero casi nunca parecían por sus diócesis; hombres de Estado y buenos diplomáticos, pero malos teólogos, eran en su mayoría incapaces de exponer y de discutir un punto de dogma. En cambio los pastores, educados en la escuela de Calvino hacían de la enseñanza evangélica y de la exposición doctrinal el acto principal de las ceremonias del culto, y llegaban de Ginebra curtidos en la discusión y provistos de un arsenal de textos.

Entre los católicos, los buenos predicadores escasearon durante mucho tiempo. Claudio Hatón, el párroco de Provins, hablaba, con admiración, en 1561, de un dominico del convento de Auxerre, llamado Ivollé, «hombre de santa vida, erguido de cuerpo, de gran corpulencia, bizco de un ojo, negro de cara, de palabra ruda... gran exterminador de toda falsa doctrina, gran adversario de los hugonotes y de su herejía.» Los Claudio de Saintes, los Vigor, los Benedicti y otros émulo de Ivollé se distinguían más que por el valor de las refutaciones por la violencia de los ataques; pero también empleaban argumentos que causaban gran impresión y manifestaban «que desde hacía mil quinientos ó mil seiscientos años, todos los cristianos habían profesado la religión católica que los protestantes se esforzaban por arrancar y destruir, y que no era posible que tantos reyes, príncipes y grandes personajes hubiesen estado equivocados durante tanto tiempo y privados de la gracia de Dios y de la sangre de Jesucristo, (lo que sería blasfemar contra su bondad y acusarle de injusticia (2).»

Este llamamiento al lealismo y al espíritu de la tradición tuvo aún mayor éxito después de la agresión de Meaux. A partir de aquel entonces no se dejó de acusar á los hugonotes de atentado contra las leyes divinas y humanas, y se organizaron ligas para la defensa de la religión. Ya durante la primera guerra civil se había creado, «salva la aquiescencia del rey,» una asociación de este género, cuyos fundadores fueron el cardenal d'Armagnac, el cardenal Strozzi, obispo de Albi, Monluc y otros tres capitanes, en nombre de los tres Estados de Guena y Langüedoc, ejemplo que siguieron Angers, en 1565, y Champaña, en 1568.

Varias cofradías armadas reclutaron contra la herejía hombres de todas condiciones: Tavannes, teniente general del rey en Borgoña, fundó una en Dijón, en

(2) Es el argumento expuesto por Ronsard en la *Elegie* á Guillermo des Autels. Véase Brunetiere, *Un épisode de la vie de Ronsard*, «Revue des Deux-Mondes», 15 de mayo de 1900.

1567; y en Bourges, en Chalón y en casi toda la Borgoña se crearon otras con el nombre de cofradías del Espíritu Santo. La de Autun estaba puesta bajo la advocación de la Santa Cruz, en memoria de las antiguas cruzadas contra los infieles. Cada cofradía tenía un fondo común, un cuerpo armado y emisarios para vigilar á los hugonotes; y los cofrades, «en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y por la comunión de su precioso cuerpo y sangre,» contraían una «fraternidad» para «apoyar con todo su poder á la Iglesia de Dios y sostener la antigua fe y al rey, soberano natural y señor cristianísimo;» se prometían mutua asistencia y secreto, y juraban obediencia y fidelidad al monarca. Tavannes veía en esas asociaciones libres un medio de organizar á los católicos y de mantenerlos siempre dispuestos á la acción. Con ellas se contestaba al sistema de agrupación voluntaria y movilización de los hugonotes, «oponiendo á una inteligencia otra inteligencia, á una liga otra liga.»

Catalina estaba dispuesta á aceptar la colaboración de estos elementos. Los Lorena recobraban el primer puesto en la corte y en los Consejos, y el Cardenal, de quien decía un agente inglés «que era el que solo lo hacía todo,» halagaba á la reina madre en el cariño á su segundo hijo, el duque de Anjou, prometiéndole que haría que el clero diera á éste una pensión de doscientos mil francos. La reacción católica quería tener un hombre suyo, completamente adicto á sus pasiones, y Catalina estaba encantada de que se confiase este papel al duque de Anjou, aquel hijo «únicamente querido.» La ambición maternal y el espíritu de partido estuvieron de acuerdo para procurar al hermano del rey una situación aparte dentro del Estado.

Reanudándose entonces las violencias contra las personas: el protestante Rapin, que en nombre del rey lleva al parlamento de Tolosa la orden de registrar el edicto de pacificación, es detenido, juzgado y condenado á muerte por haber tomado parte, en 1562, en los disturbios de aquella ciudad; la guarnición de Auxerre roba los cincuenta mil escudos que Coligny enviaba á los raites á fin de apresurar su salida de Francia, y asesina á un hidalgo enviado por el almirante para reclamar; seis hombres enmascarados asesinan en el jardín de su casa al señor de Amanzay, teniente de la compañía de gendarmes de d'Andelot; Renato de Saboya, barón de Cypieres, es asesinado en Frejus con treinta y cinco de los suyos; y d'Aubigné afirma que en tres meses «los pueblos,» apoyados por gentes notables, dieron muerte á más de diez mil personas.

El gobierno dejaba hacer, y esta era su venganza contra un partido que hartó veía que no se mostraba declarado en favor del príncipe de Condé (9 de enero de 1568), consentía en recibir al gobernador del rey, Guido Chabot de Jarnac, pero no á los soldados á sus órdenes. Y cuando Coligny se quejaba de los asesinatos y homicidios, la reina contestaba que su hijo había dado orden á sus oficiales de administrar buena justi-

cia á todos sus súbditos sin distinción y que «ya se habría visto el efecto de su voluntad, si no hubiese sido porque las armas están más en manos de los que no debieran tenerlas que entre las suyas...» (agosto de 1568).

Los sucesos de los Países Bajos tenían alarmados á los protestantes. Cuando llegó allí el duque de Alba (agosto de 1567), los disturbios estaban apaciguados y hasta los grandes señores que más enérgicamente se habían resistido á la política de Felipe II, habían ayudado á la gobernadora, Margarita de Parma, á dispersar á los iconoclastas; pero el nuevo gobernador, después de haber parecido dispuesto á arreglarlo todo por



Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos

los medios suaves, mandó arrestar en 9 de septiembre de 1567 y decapitar en 5 de junio de 1568 á los condes de Egmont y de Horn, dos de los jefes de la oposición, y reservaba igual suerte á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el cual, más desconfiado, habíase puesto en salvo. Una comisión nombrada por el duque juzgó á los autores y á los cómplices de las últimas asonadas, y dictó tantas sentencias de muerte, que el pueblo le dió el nombre de «tribunal de la sangre.» Muchos habitantes de los Países Bajos huyeron á Inglaterra; los más osados se lanzaron al mar dando caza á los buques españoles, y el príncipe de Orange, refugiado en Alemania, reclutaba allí soldados para regresar á libertar á sus compatriotas. Los hugonotes tenían fija la mirada en lo que pasaba allende las fronteras de Francia, y quién sabe si el príncipe de Condé se apresuró á firmar la paz de Longjumeau á fin de tener la libertad de intervenir en Flandes. Un antiguo conjurado de Amboise, Cocqueville, organizó algunas partidas en la frontera de Picardía y se preparó para reunirse con el príncipe de Orange y con su hermano, Ludovico de Nassau.

Estas relaciones entre los protestantes franceses y los rebeldes de los Países Bajos molestaban á Catalina, porque entonces estaba negociando el casamiento de Carlos IX con una archiduquesa de Austria y el de su hija Margarita con el rey de Portugal, y como las cortes austriaca y portuguesa obedecían tan dócilmente á Felipe II que para el logro de aquellos planes era preciso antes conquistar al monarca español, la reina

madre veía con disgusto la conducta de los hugonotes. Y cuando Ludovico de Nassau hubo sido derrotado por los españoles en Jemmingen (21 de julio de 1568), dió orden al mariscal de Cossé de que dispersara á las partidas hugonotas que se disponían á pasar la frontera. Los «Elamans (1)» y otros súbditos del rey católico fueron entregados al duque de Alba «para que los tratara como merecían;» y añadía Catalina: «En cuanto á los otros franceses que son prisioneros, paréceme bien que una parte de ellos sean castigados como los demás que han sido ejecutados, y el resto sea enviado á las galeras» (5 de agosto de 1568). Condé había desautorizado públicamente la empresa de Cocqueville.

Grande hubo de ser para Catalina la tentación de tratar á los jefes protestantes como el duque de Alba había tratado á los duques de Egmont y de Horn. Condé y el almirante habíanse retirado al Morván, uno cerca de otro, en Noyers y en Tanlay, y los católicos afirmaban que desde allí espían la frontera de Alemania de donde podían llegarles socorros. La corte hacía vigilar la pequeña población de Noyers, en donde residía el príncipe: un espía fué detenido en el momento en que se disponía á medir la altura de las murallas; otro refería que los habitantes se veían obligados «á ir de noche á montar la guardia así en las murallas como en el cuerpo de guardia,» á «estar al cuidado de los fosos,» y «á mantener y pagar» cuatrocientos soldados. La misa estaba prohibida; la iglesia de los arrabales había sido demolida y las maderas y el plomo de la misma transportados al castillo, adonde subieron también los soldados dos cañones de hierro fundido que en todo tiempo habían pertenecido á la población y «lanzaban unos proyectiles como el puño.»

Tavannes, encargado de la ejecución de los planes de Catalina, no esperaba más que la orden de obrar. Su hijo le atribuye un hermoso papel, pues dice que, algo humillado por aquella labor de preboste y desesperando de una empresa «hilada en rueca,» hizo intencionalmente que fueran á caer en manos de Condé ciertos billetes que escribía á la corte, en términos misteriosos y capaces de excitar la desconfianza y el temor: «El ciervo está en la tela; la caza está preparada.»

El príncipe y el almirante se alarmaron y el 23 de agosto (1568) salieron de Noyers, escoltados por algunos centenares de soldados y llevándose consigo á sus hijos, á varias damas y señoritas y á la princesa de Condé que estaba encinta (2): retirada peligrosa que los fugitivos, obsesionados por los recuerdos bíblicos, comparaban con el éxodo de los Hebreos, fuera de la tierra de Egipto. Cuando hubieron pasado el Loira, por un sitio en donde las aguas parecían haber bajado milagrosamente para facilitarles el paso, cayeron de rodillas y entonaron el cántico «Al salir Israel de Egipto.»

Se encaminaron hacia la Rochela y por el camino su tropa se aumentó con los hugonotes que abandonaban las ciudades y las aldeas para juntarse á ellos; «un mundo de carretas y carros les seguía.» La escolta inauguraba los horrores de esta tercera guerra civil con el robo, la violación y el saqueo, y se vengaba cruelmente de los asesinatos cometidos por los católicos. «A algunas de

(1) Alemanes. Acaso deba leerse «Flamans» (flamencos).

(2) Francisca María de Orleans Longueville, segunda esposa de Condé.

esas bestias brutas (que no tenían de hombre más que la cara), dice el historiador hugonote La Popeliniere, el príncipe y el almirante (notable ejemplo de justicia guerrera) les hicieron en el acto avanzar la muerte en su presencia. Lo que hizo que la insolencia del soldado fuese, si no más rara, por lo menos más secreta...»

Los fugitivos llegaron el 19 de septiembre á la Rochela, en donde se habían acantonado ya algunos gascones y provenzales. D'Andelot, que conducía los refuerzos de Normandía y de Bretaña, había sido sorprendido en los diques del Loira, cerca de Angers, por Martigues, teniente general del rey en Bretaña; y aunque perdió una buena parte de sus hombres, pudo abrirse paso. Juana de Albret y su hijo Enrique llegaron con los contingentes gascones. Juana animaba al partido con su celo y lo sostenía con su energía; los ardores de su alma, que por la infidelidad de su marido no habían tenido en quién expansionarse, habíanse convertido en adhesión apasionada á la Reforma y en odio al catolicismo, al cual hacía responsable de todas sus desdichas. Detestaba á los Guisa con verdadero furor y les creía culpables de tales crímenes, que no creía poder calumniarlos por mucho que inventara; y el manifiesto que publicó (3) para justificar el levantamiento está mezclado con cuentos ridículos, como por ejemplo el de una perrita que, estando en la corte, encontró en su cuarto jugando con una carta perdida que demostraba la inteligencia de los Guisa con Felipe II y su odio contra los hugonotes. Pero si resulta extraña por la injusticia de su pasión, es, en cambio, admirable por su constancia en la abnegación y en el esfuerzo, por su amor á la lucha, por la rigidez de sus convicciones y por todo un conjunto de cualidades y de virtudes viriles que más bien que inspirar simpatía imponen respeto.

II.—Triunfo del duque de Anjou

Los protestantes entraron en campaña para ensanchar el círculo en torno de la Rochela y ocuparon Saint-Maixent, Fontenoy, Niort, Saint-Jean-d'Angely, Pons, Saintes, Cognac, la Saintonge y casi todo el Poitou. La corte se veía una vez más sorprendida por los acontecimientos. Coligny, comparando estas victorias de la desesperación con los males que una más prolongada paciencia habría acarreado, decía con Temístocles: «Estábamos perdidos si ya no hubiésemos estado perdidos.»

Los jefes protestantes se concentraron en el Oeste, en donde la mayor parte de la nobleza era partidaria de la Reforma. Orleans, su antigua plaza de armas, tenía la ventaja de estar situada en el centro del reino y cerca de París; pero la Rochela estaba en comunicación con Inglaterra; las islas de Re y de Olerón le servían de baluartes y de antepuertos, y Saint-Jean-d'Angely, Niort y las plazas del Charente la protegían por el lado de tierra: era una Vendée hugonote con una salida al mar.

El Mediodía protestante hizo un esfuerzo prodigioso para sostener la causa, habiendo salido del Delfinado, de la Provenza y del Langüedoc tropas en tan gran nú-

(3) Este manifiesto ha sido reeditado por de Ruble junto con algunas cartas y poesías con el título bastante inexacto de *Mémoires de Jeanne d'Albret*.

mero, que, según decían sus coroneles á La Noue, parecían un pueblo en busca de «nueva vivienda.» Veinticinco mil hombres mandados por Mouvens y Jacobo d'Acier dirigiéronse hacia el Poitou. Mientras el grueso del ejército católico se concentraba en el Loira, un Borbón católico, el duque de Montpensier, con algunos miles de hombres, maniobraba delante de Poitiers y

gilaba sus movimientos, de modo que aunque ocupaban las poblaciones, desde Angulema hasta el mar, no se atrevían á aventurarse al otro lado del río y se contentaban con guardar los pasos de éste. Tavannes, que era el verdadero jefe del ejército real, se apoderó del puente de Chateaufort y por la mañana se presentó en la orilla derecha; Condé, con el cuerpo de batalla, se en-



Guillermo de Nassau, príncipe de Orange. Copia del retrato hecho por Adrián van del Benne

habiendo salido al encuentro del ejército del Mediodía, sorprendió á dos batallones alojados lejos del cuerpo de batalla; Mouvens, que los mandaba, fué muerto y los aldeanos del Perigord se recrearon matando á los fugitivos hugonotes (30 de octubre de 1568).

Este fracaso no tenía importancia, y d'Acier pudo llevar sus tropas casi intactas á Coligny y á Condé, los cuales se hallaban entonces en condiciones de hacer frente al duque de Anjou que al mando del ejército real se había reunido con Montpensier; pero sobrevino el invierno y después de algunas escaramuzas los contendientes esperaron la estación de las batallas.

En la primavera, los dos ejércitos volvieron á encontrarse frente á frente á lo largo del Charente. Condé y Coligny se proponían ir á juntarse en el Quercy con un ejército que habían reunido los siete capitanes protestantes llamados los siete vizcondes; pero el duque de Anjou, apostado en la orilla izquierda del Charente, vi-

contraba en Jarnac, y la infantería estaba dos ó tres leguas más hacia el Norte. Coligny, que con la vanguardia ocupaba Bassac, cerca de Chateaufort, en vez de replegarse rápidamente hacia donde estaba Condé, perdió algunas horas en reunir á sus exploradores y se vió obligado á aceptar la batalla en condiciones desventajosas. Condé, noticioso del peligro en que Coligny se veía, acudió en su ayuda con trescientos jinetes y cargó con tanta furia, que rompió las primeras filas de los escuadrones enemigos; pero pronto fué atacado de flanco por dos mil raites y ochocientas lanzas de ordenanza. Cayó el príncipe de caballo y se rompió una pierna; y acababa de rendirse á dos hidalgos que le habían prometido respetar su vida, cuando llegaron los guardias del duque de Anjou, cuyo capitán, Montesquiou, reconoció al prisionero y le partió el cráneo de un pistoletazo (13 de marzo de 1569). Otros capitanes protestantes fueron asesinados después de la batalla.